



Alvira, Rafael. *El
Lugar al que se Vuelve.
Reflexiones sobre la
familia*. Pamplona:
EUNSA, 1998, 112 pp.

Rafael Hurtado
Instituto de Humanidades,
Universidad Panamericana
rhurtado@up.edu.mx

La familia, el hogar, es un tema digno de estudio por razón de su esencia, por razón de la belleza que pretende en su quehacer cotidiano. Por ello, mi Maestro, el Prof. Rafael Alvira –Profesor Emérito y Catedrático de Filosofía de la Universidad de Navarra– la define como “el lugar al que se vuelve”, pues de ella procedemos y a ella hemos de volver de modo misterioso y romántico. En efecto, la familia representa, entre otras cosas, toda la riqueza del espíritu humano en su más sublime expresión, rindiendo honores a esa gran paradoja que la sabiduría clásica supo expresar, a saber, la dialéctica entre el “individuo” y el “grupo”. La vida familiar se nutre necesariamente de estos dos elementos, pues en ella cada ser individual, personal, vale principalmente en cuanto miembro de “esta” familia. Pero también es verdad que cada familia despliega su grandeza de espíritu en la medida en que cada uno de sus miembros llegan a buen puerto. En ese sentido, Alvira nos recuerda que en familia aprendemos a ser “conservadores”, pues nos interesa perpetuar en la existencia aquello que nos da identidad. También aprendemos a ser sociales, pues nada en la vida de los seres humanos es vivido en solitario, pues siempre somos “frente” a otro. Pero aprender a conservar y a socializar no nos impide ejercer un aspecto esencial del crecimiento humano: la libertad. Sí, en familia somos muy “liberales”, pues amar al hijo o al cónyuge implica necesariamente que éste aprenda a ser “quien es”. Es la única forma de crecer, de ver a futuro, o mejor dicho de ser “progresivo”. En su conjunto, estos modos de vivir la vida familiar se decantan en lo que Alvira llama las “tres funciones” familiares: *economía*, *intimidad* y *educación*, a mi modo de ver la principal aportación de esta gran obra:

La *economía* se identifica con el aspecto material de la vida familiar doméstica, o mejor dicho su actualización en el tiempo y en el espacio. De aquí se desprende lo que podemos llamar la “ley del hogar”: *nadie se queda atrás*. Esto significa que padres, madres, hijos e hijas han de realizar toda clase de balances materiales e inmateriales, de tal modo que todos los miembros de la familia tengan un cierto nivel de bienestar; que reciban lo suficiente para su correcto desarrollo. En ese sentido, cada miembro de la familia que ha sido “invitado” a la vida, comienza ocupando un espacio en el vientre materno para luego hacer extenso ese mismo espacio en la hogar, en el corazón y en la sensibilidad de toda su familia, nuclear o amplia. Como ya se ha dicho, nada miembro de la familia ha de llegar a la sazón, a “ser quien es”, y esto puede implicar que unos reclamaren un tipo de trato cercano y atento, otros distante y respetuoso. En cualquier caso, saber “quien es quien” en la familia implica necesariamente el *diálogo* sincero, para saber qué está pasando dentro de ese ser querido, lo propio de toda educación bien cimentada.

La *educación* es algo más que pasar conocimientos o experiencias a la siguiente generación: es transmitir un espíritu. Por ello, es imposible “educar” con profundidad a partir de un itinerario con objetivos específicos y amigables sin más. La razón es muy simple: no es fácil expresar con palabras lo que es eterno. En familia, el amor que da vida es así, eterno. Y decirles a nuestros seres queridos que los amamos, es algo serio, complejo pero irrenunciable. Sin embargo, se puede preguntar ¿cuál

es el principal espíritu que hemos de transmitir a nuestros seres queridos en familia? Sin lugar a dudas, hemos de repetir hasta el cansancio: *el bueno que estés aquí*. Es lo propio del diálogo familiar “doméstico”. Es bueno que estés aquí, y es mejor aún que todos estemos aquí, hombro con hombro, sacándonos adelante a nosotros mismos, en diálogo con el mundo civil, pero siempre enraizados en nuestro espacio vital y habitual, a saber, nuestro hogar, en donde vivimos con nosotros mismos, lo propio de la propia intimidad.

La *intimidad*, en efecto, florece allí donde nosotros florecemos, lo cual no es posible sin la confianza: saber fiarse del otro. Ya con ello estamos advirtiendo la importancia de la sexualidad en la vida de las personas, pues ésta se ejerce de modo radical en el hogar, en lecho nupcial. Allí, varón y mujer se han de entregar sin reservas, de modo total, incluyendo su dimensión más propiamente creativa: su racionalidad y su fertilidad, con vistas a traer hijos al mundo. Sólo así es posible la procreación humana correctamente encausada. Si la educación del ser humano presupone la frase “es bueno que estés aquí”, la intimidad añade: “es bueno que vuelvas”. En otras palabras, es bueno que estés aquí, que existas, pero es mejor verte volver de modo libre y voluntario. Si es verdad que el ser humano existe frente o para los demás, ese “salir” de uno mismo para “quedarse” en el otro, entonces la sexualidad humana entre el varón y la mujer llevan esta dinámica a su máxima expresión: la vida del hijo. Si no estamos todos juntos, compartiendo el pan y el vino en la mesa familiar, todos sentimos un hueco en nuestro interior. Es bueno conocer el mundo y procurar el bien de toda la realidad humana, pero hasta que no estamos de “vuelta”, rumbo a nuestro hogar, aún estamos de viaje, no hemos llegado. Hasta que no estamos “dentro”, seguimos de vagabundos. Con esto –idea recurrentemente alviriana– se está sugiriendo que la familia, el hogar, tiene un fuerte enraizamiento femenino, pues todos tuvimos la experiencia radical de estar “dentro” de una persona: nuestra madre.

A final de cuentas, *volver a nuestro hogar*, implica volver misteriosamente a nuestro origen, “en” nuestros padres y hermanos, tío, primos y abuelos. Es volver a tomar conciencia de que tengo ombligo, que no soy mi propia causa, y de que es posible el amor. Por eso, la sagrada escritura no se equivoca al afirmar que el amor humano ha de llegar a su *zenit* cuando un varón deja a su padre y a su madre y se une a su mujer, formando juntos *una caro*, una sola carne, a lo cual se le puede agregar: *juntos han de formar un solo hogar... al que han de volver*. A esta y otras reflexiones nos invita esta gran obra, escrita por un gran filósofo de la familia, pero principalmente un gran hijo y un gran amigo. En tiempos en los que la familia sigue siendo blanco directo de ataques en lo cultural, lo político y lo económico, es necesario recurrir al pensamiento profundo de quienes dan razón de la realidad desde su propia vivencia. *El Lugar al que se Vuelve*, es sin lugar a dudas un primer paso rumbo a una comprensión de la sociedad desde la perspectiva de la familia.